

KANDI STEINER

BLIND SIDE

Amor en juego

CROSS
BOOKS

KANDI STEINER

BLIND SIDE

Amor en juego

CROSS
BOOKS

ADVERTENCIA: incluye contenido sensible

CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Blind Side*
© del texto: Kandi Steiner, 2022
© de la traducción: Marta Carrascosa Cano, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2025
ISBN: 978-84-08-30035-9
Depósito legal: B. 3.354-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial

1

Giana

El día que fui víctima de la crisis posruptura de Clay Johnson era un día precioso.

El sol del verano estaba en lo alto y brillaba en el cielo, me calentaba la piel mientras cruzaba el campo de fútbol americano de la Universidad de North Boston con mi iPad a cuestas. Repasaba la lista de jugadores a los que tenía que entrevistar después del primer día del campus. El otoño susurraba entre la brisa fresca, el leve aroma de las manzanas y el césped fresco prometían otro año emocionante para los Rebeldes de la NBU.

El año pasado era un manojo de nervios; lo cual no quiere decir que ya no me pusiera a temblar como una gelatina cada vez que intentaba darle órdenes a un jugador de fútbol de casi dos metros. Pero ahora, al menos, tenía la poco creíble confianza de haber hecho unas prácticas y de que me hubieran contratado a media jornada como coordinadora adjunta de relaciones públicas del equipo.

Este era mi equipo, mi año para brillar y mi momento para salir de entre las sombras.

Mis rizos color caramelo rebotaban mientras recorría el campo, dándoles golpecitos en los hombros a los jugadores

que necesitaba e indicándoles adónde tenían que ir. Solo me sonrojé tres veces y conseguí hablar por encima del volumen de un ratón y mantener el contacto visual con todos ellos.

Progreso.

Me había ganado mi puesto aquí, igual que estos jugadores lucharían por sus puestos en el equipo esta temporada.

Esperaba que la confianza llegase con el tiempo.

Sonreí cuando vi en mi lista una solicitud para Clay Johnson, uno de los jugadores más fáciles de dirigir en el arte de las relaciones con los medios de comunicación. Había nacido para ello, era divertido y carismático, pero a la vez elocuente y preciso en sus respuestas. Hablaba ante la cámara como si fuera un profesional de treinta y dos años y no un estudiante y deportista de diecinueve años, y era amable conmigo, respetuoso y atento. De hecho, solía ser él quien le daba un manotazo en el brazo al resto de los jugadores para que me prestaran atención si mi amable petición para que me siguieran no funcionaba.

Además, era la definición de un caramelito, y resultaba absolutamente irresistible sin importar el género o la orientación sexual con la que uno se sintiera identificado.

Lo localicé enseguida entre la multitud de jugadores, no solo por su estatura, sino porque ya se había quitado la camiseta del entrenamiento y sus músculos brillaban bajo el sol de Nueva Inglaterra. Hice todo lo que pude para no babear por las delicadas ondulaciones de su abdomen, para no seguir el rastro de las gotas de sudor que se deslizaban por el contorno de los pectorales y le bajaban a lo largo del cuerpo. Aquellos hombros anchos estaban bronceados y firmes, tenía unas caderas de otro mundo, era como si fuese un luchador de artes marciales mixtas en lugar de un *safety* universitario.

Me permití maravillarme unos veinte segundos con el filo de su mandíbula, el afilado puente de su nariz y la mata

de pelo húmedo color castaño por la que se pasó una mano. Ese movimiento hizo que su bíceps se flexionara, y, ante aquella imagen, me abordó un destello de la portada de mi actual lectura, que era una novela romántica sobre mafiosos.

Podía imaginármelo: Clay Johnson estrangulando a un hombre con sus propias manos, levantándolo del suelo con aquellos bíceps abultados y unos ojos serios prometiéndole la muerte al delincuente a menos que le dijera lo que quería saber.

Un parpadeo después, estuve de vuelta en el campo, caminando hacia él con una actitud profesional.

—Clay —dije, aunque sabía que había hablado en un tono demasiado bajo, sobre todo cuando los chicos que había a su alrededor estallaron en carcajadas por algo.

Sonreí, acomodándome un rizo salvaje detrás de la oreja antes de hablar.

—Clay, te necesito para los medios de comunicación.

Sus penetrantes ojos verdes se clavaron en los míos, robándome el aliento. Esos ojos solían ser cálidos y se arrugaban en el rabillo del ojo, con un aro dorado y acentuados con una sonrisa amplia y contagiosa, pero hoy estaban... sin vida.

Apagados.

Fríos.

Casi... enojados.

Antes de que pudiera responder, me vi envuelta en un abrazo sudoroso por detrás que me levantó del suelo.

—¡Giana! Mi chica. ¿No es a mí a quien buscas?

Leo Hernandez me hizo darme la vuelta, y sabía que era mejor no forcejear con él. Me limité a esperar a que mis pies volvieran a estar en el suelo antes de volver a colocarme las gafas sobre el puente de la nariz.

—Ya tendrás tu momento para ser el foco de atención, Leo. No te preocupes.

—Nunca lo hago —dijo y me guiñó un ojo.

Leo Hernandez era un corredor ofensivo demasiado sexi para su propio bien y un auténtico grano en el culo. No es que fuera malo delante de la cámara, más bien todo lo contrario. Eran sus actividades extracurriculares fuera del campo las que me tenían ocupada. El chico no sabría decir que no a una rubia guapa y a una noche de juerga aunque hubiera un contrato de la NFL y una bonificación por el fichaje de cinco millones de dólares de por medio.

Cuando me volví hacia Clay, lo hice justo a tiempo para verlo pasar junto a mí de camino a los vestuarios.

Corrí para alcanzarlo.

—Eh, los medios de comunicación están colocados allí —dije, señalando el otro extremo del estadio.

—Me da igual.

Me quedé parada ante aquellas palabras, ante lo frías que sonaron, temblé un poco y observé el vaivén de los músculos de su espalda antes de negar con la cabeza y correr para volver a ponerme a su altura.

—No será mucho rato, solo una entrevista rápida de cinco minutos.

—No.

Me reí entre dientes.

—Mira, lo entiendo. El primer día de campus es duro. Hace calor, tienes al entrenador vigilándote, yo...

—No, no lo entiendes —dijo, y me golpeé contra su pecho sudoroso al darse la vuelta. No intentó agarrarme cuando reboté, pero me incorporé y me ajusté las gafas para mirarle a los ojos mientras continuaba—. No eres un jugador. No formas parte del equipo. Formas parte de los medios de comunicación. Y ahora mismo no quiero hablar contigo, ni con ellos, ni con nadie.

El rechazo me paralizó cuando se dio la vuelta, pero solo

duró un segundo antes de que soltara un suspiro y dejara que el sentimiento se fuera con él.

Tratar con niños deportistas y sus cambios de humor era parte de mi trabajo.

«Lo tengo controlado».

Me aclaré la garganta cuando llegué a donde estaba.

—Mira, siento que tengas un mal día, pero, por desgracia, esto es parte de tu papel como deportista en la Universidad de North Boston. Así que puedes hacer esta breve entrevista o explicarle al entrenador por qué no te has molestado en hacerla.

Eso hizo que se detuviera, y vi sus puños cerrarse a los lados antes de que se diera la vuelta; las venas le sobresalían del cuello. Se crujió el cuello y pasó junto a mí, camino de la línea de prensa.

Sonreí victoriosa.

Al menos, hasta que lo seguí hasta la simpática reportera de la ESPN y vi horrorizada cómo se ponía en ridículo a sí mismo, al equipo y, lo que era más importante...

«A mí».

—Clay, después del partido de la pasada temporada que nos tuvo en vilo, todos tenemos grandes expectativas para el fútbol americano de la NBU. ¿Cómo te sientes respecto a la temporada?

Sarah Blackwell sonrió a Clay con una sonrisa recién blanqueada y con demasiados dientes, y acercó el micrófono que tenía en la mano a su preciosa boca, que en ese momento era una línea recta.

—Creo que podríamos centrarnos mucho más en el fútbol americano si no tuviéramos que perder el tiempo hablando con periodistas como tú.

Abrí los ojos de par en par, el corazón se me aceleró cuando Sarah frunció el ceño, parpadeó, me miró y volvió a mirar a la cámara antes de bajar el micrófono.

—Sabemos que estáis todos entusiasmados con la temporada, entiendo perfectamente el deseo de centraros en lo importante —dijo con una risa forzada, entrenada y preparada a pesar de la cara seria de Clay—. La noticia de la temporada pasada fue Riley Novo, la pateadora de la NBU. Esta temporada ha vuelto, y esta vez sale con un compañero de equipo: Zeke Collins. Dinos, ¿crees que eso será una distracción para el equipo?

Clay empezó a hablar antes de que ella pudiera levantar el micrófono.

—Creo que nuestras vidas sentimentales no deberían importarle a nadie que no esté triste y solo y desesperado por opinar sobre las relaciones de los demás para evitar así la mierda de su propia relación.

Sarah intentó volver a quitarle el micrófono antes de que pudiera soltar una palabrota, pero yo sabía que era demasiado tarde, y se rio entre dientes con otra broma forzada y una sonrisa incómoda antes de despedirse de nosotros. Cuando la cámara se apagó, miró a Clay.

—Muy profesional.

Pero Clay se limitó a mirarme.

—¿Algo más?

Me temblaba el ojo, pero a pesar de ello sonreí, con un nudo en el estómago mientras intentaba inventarme excusas para la bronca que ya sabía que me iba a echar mi jefa.

—Tenemos aquí a un estudiante del equipo de noticias de la universidad —le dije, guiándole a lo largo de la valla detrás de los periodistas que entrevistaban a otros compañeros—. Es simpático. Y novato —dije, haciendo parar a Clay cerca de donde esperaba el joven. Bajé la voz—. Mira, no sé qué está pasando, pero si no puedes manejar...

Clay se apartó de mí antes de que pudiera terminar, su único saludo fue un asentimiento con la cabeza al chico del

micrófono y al más delgado y alto que llevaba la cámara a cuestas.

No fue tan desagradable como en la anterior entrevista, pero no se acercaba ni de lejos al Clay Johnson que conocí la temporada pasada.

Apenas respondía a las preguntas, contestaba haciéndose el listo y yéndose por las ramas, y cuando el pobre chico intentó lidiar con sus notas y averiguar qué más preguntarle, Clay le dijo cortante:

—¿Hemos terminado?

Y luego se dio la vuelta y se marchó antes de que el pobrecillo pudiera responder.

Después de disculparme profusamente, les pedí un favor a Riley y Zeke, pidiéndoles que hablaran con ambos periodistas sobre su verano juntos y cómo este año está siendo diferente al jugar no solo como compañeros de equipo, sino como pareja. Eran la noticia del momento en el fútbol universitario, lo habían sido desde que hicieron estallar Twitter tras la victoria en la *bowl* del año pasado besándose en el campo.

Por suerte para mí, estaban de buen humor y hablaban muy bien ante la cámara.

Sonreí y les hice señas con un pulgar hacia arriba mientras escuchaba detrás del operador de cámara, sin dejar de lanzar miradas de odio a la espalda de Clay, que se dirigía a los vestuarios dando pisotones como un crío.

Cuando terminó la entrevista, Riley dio las gracias a los periodistas que estaban conmigo antes de apartarme a un lado. Tenía el pelo largo y castaño con mechones dorados de jugar bajo el sol. Se lo recogió en una coleta alta y tirante, aceptó un beso en la mejilla de Zeke y esperó a que él no la oyera antes de hablar.

—Te aviso —dijo, bajando la voz mientras miraba a su

alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando—. Tal vez quieras prescindir de Johnson por un tiempo. Maliyah y él han roto.

Me quedé blanca.

—¿Qué?!

Fue inútil intentar que no se me notara la sorpresa. No conocía bien a Clay, pero no hacía falta conocerlo para saber que su novia del instituto lo era todo para él. La traje aquí cada vez que visitó nuestro campus la temporada pasada, y recordaba con claridad que me costó mucho hacer que se separase de ella para una entrevista después de nuestra victoria en el segundo partido en casa. Publicaba cosas sobre ella todo el tiempo en su Instagram, y los pies de foto eran siempre muy claros respecto a lo que sentía.

Iba a casarse con ella.

Pero ahora, no eran nada.

Riley se limitó a asentir, con el ceño fruncido.

—Lo sé. El pobrecillo hablaba con Zeke el semestre pasado sobre que creía que era su otra mitad. —Suspiró, ambas observamos a Clay desaparecer en el pasillo del estadio que conducía a los vestuarios—. Ha estado hecho mierda.

Hundí los hombros.

—Sabía que había pasado algo. La temporada pasada siempre estaba tan feliz, tan... lleno de vida.

—Bueno, no creo que vaya a ser así durante un tiempo. —Riley tragó saliva, sin dejar de mirar hacia el lugar por donde Clay había desaparecido—. Eran novios desde el instituto.

Suspiré, con la esperanza de encontrar algo de empatía. Nunca había salido con nadie, y menos aún me había enamorado, así que lo único que sentía por Clay en aquel momento era una especie de compasión distante.

Y un poco de frustración por tener que lidiar con las consecuencias.

—Voy a tener que instruirlo —le dije—. Todavía tendrá que hablar con los medios de comunicación, y el entrenador pedirá su cabeza y la mía si vuelve a hacer algo así.

Riley me miró como si me tuviera lástima y me dio un apretón en el hombro. Antes de que pudiera marcharse, la llamé.

—¿Algún consejo?

Se encogió de hombros, con un intento de sonrisa pobre.

—Asegúrate de que haya cerveza de por medio.